EL VIRREINATO NOVOHISPANO EN TIEMPOS DE LOS AUSTRIA

*Manuel Ramos Medina**

Es común escuchar que al período de los siglos XVI a XVIII en México se le llame ‘la Colonia’ o ‘época colonial’. Esos trescientos años (1521 a 1821) de gobierno y directrices de la corona de España han sido sumamente criticados y hasta despreciados, como fue en el caso de los liberales mexicanos del siglo XIX. Esta crítica permeó hasta a los mismos conservadores decimonónicos quienes buscaban la ‘modernidad’ del país, tratando de hacer a un lado las raíces europeas. En ocasiones, a ese largo período de nuestra historia, se le ha presentado como una época oscurantista, la Edad Media de México, lo que nos aleja de los verdaderos orígenes de nuestra nación.

Preguntemos en nuestro entorno ¿qué se conoce como La Colonia? En la mayoría de los casos se afirmará seguramente que fue el ‘fin de nuestro pasado glorioso’, el prehispánico. El tiempo en que se destruyó ‘nuestra’ cultura antigua y se posó el poderío español para explotar estas tierras y sus habitantes. Seguramente algunos guardarán en su memoria alguna imagen de la Santa Inquisición, institución cuyo solo nombre hace pensar en la represión, el oscurantismo, la matanza de herejes, judíos, brujas, sodomitas. Por otro lado probablemente también

83

* Centro de Estudios de Historia de México Condumex.

MANUEL RAMOS MEDINA

se registrará la presencia de una iglesia poco permisiva y atenta al castigo de los pecados del hombre con el consiguiente escarmiento eterno, después de la muerte, las terribles llamas del infierno y las imágenes de los diablos y bestias al acecho de los pecadores. También quizá se hará presente la explotación del indio y la esclavitud de los negros, dedicados exclusivamente al bienestar de los blancos.

Este ensayo pretende un acercamiento a una de las épocas más complejas y ricas en interpretación de la historia de México: el virreinato novohispano.

En los estudios de historia de México, durante la formación básica, el tema del virreinato fue visto de una manera rápida y hasta superficial. El énfasis en la conquista de la ciudad de México (1521) es innegable. En cambio a lo que se conoce como el ‘México Antiguo’ o el mundo prehispánico (circa 3000 a.C. hasta 1521) se le han otorgado mayores espacios en los libros de texto y en los programas oficiales de enseñanza. Podemos recordar de una manera más precisa al emperador Moctezuma II Xocoyotzin (+1520), las deidades Quetzalcoatl, Tlaloc o Huitzilopochtli que a fray Juan de Zumárraga (1468-1548), Antonio Valeriano (+1605), Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), los jesuitas Francisco Xavier Alegre (1729-1788) o el padre Clavijero (1731-1787), por dar sólo unos ejemplos. Es decir, la historia oficial le concede mayor importancia a un México que no existía, el prehispánico, que a la raíz misma de nuestro país, el virreinato.

La historia oficial también da un salto de trescientos años para mostrar con toda claridad y orgullo el México independiente (1821) dando especial énfasis al inicio de la guerra de Independencia (1810), los héroes Hidalgo, Morelos, fray Servando Teresa de Mier, Francisco Xavier Mina.

La pregunta es: ¿qué sucede con esos trescientos años de nuestra historia? ¿Se pueden ignorar? Por qué hasta la fecha se observa con crítica y olvido esa época que configuró el ser del mexicano.

Teniendo en cuenta lo anterior hay que aclarar ciertos términos. El mundo prehispánico no conformaba una unidad. Se componía de un mosaico de pueblos y culturas distribuidos en una amplia zona que

EL VIRREINATO NOVOHISPANO

fue definida por Paul Kirchhoff en 1943 como Mesoamérica. Un concepto geográfico-cultural con características propias, agricultura desarrollada y con elementos fundamentales de una civilización. Entre sus características contaba con ciudades propiamente dichas, división del trabajo y estratificación social definida. Para 1519, se calcula que había unas cincuenta zonas geográficas definidas. La ciudad de México-Tenochtitlan conformaba un centro de poder, pero no el único. Jamás se conoció un concepto de unidad que pudiera llamarse México. Por tanto no se puede afirmar que los indios que habitaban el centro de América hubieran poseído una identidad y conciencia de nación. Por ello mismo nos acercamos al estudio de aquel universo con sumo cuidado. Las fuentes de información que tenemos a nuestro alcance son las innumerables zonas arqueológicas y las interpretaciones de los arqueólogos; los códices pre y posthispánicos, la tradición oral, las crónicas religiosas –redactadas ya con una carga cultural occidental. Según algunos estudiosos sólo conocemos una mínima parte de aquel mundo y el arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma sostiene que conocemos apenas un cinco por ciento del pasado prehispánico. Pero, por ejemplo, en la obra del liberal del siglo XIX Vicente Riva Palacio (1832-96) “México a través de los siglos”, aquello es la antítesis de la historia de nuestra nación; y hay que entender la mentalidad de la segunda mitad del siglo XIX para comprender el título de esta gran obra.

85

Por otro lado, si la historia oficial concede tanto peso al pasado indígena de México, de la misma manera tendríamos que profundizar en el otro mundo, el europeo, y concretamente el castellano, el español. Ambos hicieron posible un nuevo mundo, mediante el mestizaje y la imposición y transmisión de la cultura europea.

Se debe tomar en cuenta también que fueron los europeos quienes hicieron ingresar a otro grupo tremendamente fuerte y cuyos genes están aún presentes en la actual población mexicana: el africano. Seamos sensibles y observemos la población de México. La urbana, para hablar de lo que mejor conocemos. La mayoría de los habitantes no son del todo blancos, tampoco indígenas, tampoco negros. Es la entremezcla de esos grupos que se mestizaron durante la época

MANUEL RAMOS MEDINA

virreinal. En ciertas regiones geográficas de México hay más evidencias de la presencia de alguno de estos grupos que en otras. Por ejemplo, en las costas de Veracruz, Campeche, Guerrero y Oaxaca, podemos distinguir más claramente los rasgos negroides. Por otro lado, zonas como la península de Yucatán, el estado de Chiapas, ciertas zonas de Nayarit, Guerrero, Hidalgo y Chihuahua están pobladas de grupos indígenas que se entremezclaron con otros llegados del centro durante el virreinato. Aun esos grupos que se dicen puros, han sido mestizados a través de los siglos.

II

86

Entendemos la conquista de la Nueva España como una continuidad de la reconquista de los españoles por su territorio en España frente a los musulmanes, (siglos VII a XV). Posteriormente la expansión de los castellanos se hace presente en el océano Atlántico, las islas canarias y posteriormente el descubrimiento y conquista de las Antillas, (1492) donde los europeos tomaron contacto por primera vez con los naturales americanos a fines del siglo XV. Aquí se formaron las bases económica, política, social y religiosa del continente. Instituciones como la encomienda, de origen medieval, fueron fundamentales porque se pagaban con tributo y trabajo indígenas ‘las hazañas’ de los conquistadores.

La conquista de México no fue exclusivamente la lucha y triunfo de los españoles frente a los indios. Fue un acontecimiento mucho más complejo. El hecho bélico no se desarrolló exclusivamente entre dos grupos bien diferenciados. Tampoco podemos observarla como una historia maniquea, la lucha de los malos contra los buenos, es decir los españoles contra los indios. Los españoles tenían orígenes diversos. Los había provenientes de diversos reinos, desde el norte hasta el sur de la península ibérica: castellanos, andaluces, extremeños. Incluso llegaron individuos de otras regiones más distantes como la península itálica, Francia, Países Bajos. Hasta negros estuvieron presentes en las conquistas.

EL VIRREINATO NOVOHISPANO

En cuanto a los grupos indios también eran diversos, con marcadas diferencias en sus niveles de integración sociocultural. Lo que hoy llamamos México contenía dos grandes áreas que rebasaban las dos fronteras actuales de nuestro país: Mesoamérica y Aridamérica. La primera compuesta de pueblos sedentarios y agrícolas, la segunda de aquellos que habitaban en tribus de nómadas y cazadores-recolectores. Los que vivían en el centro y sur de nuestro actual territorio eran tratados duramente por el pueblo mexica y su fuerza se mostraba en el cobro del pago de los tributos. Los odios hacia este pueblo por parte de otros grupos sometidos fueron sumamente importantes y esto nos hace entender las necesidades de alianzas con el fin de delimitar y hasta vencer al ‘imperio’ mexica.

No todos los indios combatieron contra el conquistador, y sí por el contrario algunos grupos apoyaron la conquista de la ciudad de México-Tenochtitlan, cansados de sus abusos y cargas tributarias, como fue el caso de los tlaxcaltecas.

Una vez caída la ciudad de Tenochtitlan el 13 de agosto de 1521, día de san Hipólito mártir, fueron tantas las consecuencias que la mayoría de las provincias del imperio mexica e incluso señoríos independientes como los de Michoacán, Meztitlán y Tehuantepec decidieron pactar las condiciones de la sujeción a España, antes de verse devastados.

A lo largo del siglo XVI se sucedieron rebeliones indígenas en contra de los españoles, lo que mostraba que la caída de la ciudad de México no pacificó todo el territorio. Al contrario, conocemos sangrientas luchas de facciones promovidas por algún español inconforme y ambicioso que se rebeló abiertamente contra Hernán Cortés. Entre 1524 y 1550 se sucedieron otras muchas conquistas hacia norte y sur, las que se llamaron luchas de pacificación para someter tanto a indios como españoles. Como resultado se sometía el territorio en las zonas noroeste y sureste al poderío español. Territorios extensos como Chiapas, Centroamérica, Yucatán, Jalisco, Colima fueron sojuzgadas con violencia y crueldad. Los mismos indígenas fueron actores importantes de apoyo para los españoles conquistadores. Para mediados del siglo XVI los españoles ya tenían sometida el área de Mesoamérica. La ruptura del

MANUEL RAMOS MEDINA

orden prehispánico y la imposición de un nuevo orden político, económico, social y cultura se hizo presente.

III

Evangelización

¿Cómo asegurar la unidad de la nueva población recién conquistada bajo una ideología común? La respuesta fue la imposición del cristianismo.

Con la espada de los conquistadores se impuso también la cruz de la evangelización, símbolo del cristianismo y por tanto de civilización, según la mentalidad occidental. Una vez concluidos los primeros capítulos guerreros Hernán Cortés, hacia 1523, solicitó al emperador Carlos I su apoyo para iniciar la conversión de los indios. De hecho desde que el conquistador desembarcó en Veracruz en 1519 bautizó a algunos indios caciques, con el apoyo de su capellán Bartolomé de Olmedo, de la Orden de la Merced.

88 | La implantación de una nueva religión debía realizarse por hombres convencidos de su vocación a la vida religiosa, con un respeto enorme a sus votos de pobreza, castidad y obediencia, su trabajo pastoral, su entrega al trabajo desinteresado con los indios y su disponibilidad total, lo que mostró una imagen distinta del español. A diferencia de ellos, los religiosos viajaban a pie, con su hábito, comían de lo que les ofrecían los indios, dormían en petates y no deseaban cosas materiales.

Para España la conquista armada, la explotación económica y la dominación política sobre los indígenas, únicamente se podían justificar si se les consideraba como medios para alcanzar la conversión de éstos al cristianismo y rescatarlos de las manos del demonio. Por eso la evangelización (anuncio de la buena nueva) fue una prioridad de la corona, de los teólogos, de los conquistadores para que los religiosos se ocuparan de ello.

EL VIRREINATO NOVOHISPANO

La selección de los religiosos que vendrían de España para la evangelización debía elaborarse de una forma sumamente cuidadosa. Así los franciscanos, dominicos y agustinos fueron los religiosos idóneos para llevar a cabo una empresa de tales dimensiones, especialmente porque estas órdenes religiosas habían sido recientemente reformadas en Castilla por el Cardenal Cisneros, el confesor de Isabel la Católica. Durante el siglo XVI el clero regular (las órdenes religiosas) se había ido apartando de las reglas de sus fundadores y por tanto su disciplina se había relajado. Las reformas dieron por resultado una revisión a fondo de la vida religiosa y por ello intentaron volver a su carisma original. La experiencia misionera, organización jerárquica, vida de comunidad, sólida preparación teológica y filosófica los distinguía de cualquier otro grupo.

Los primeros religiosos buscaban renovar la iglesia de Cristo fundada mil quinientos años antes. Pensaban que el trabajo con los aborígenes renovaría los primeros años de la Iglesia, es decir una comunidad fiel, desprendida de los bienes materiales, un acercamiento a la utopía de una sociedad cristiana perfecta, restaurando las primitivas comunidades cristianas narradas en los Hechos de los Apóstoles del Nuevo Testamento, lo que precedería al Apocalipsis. Una iglesia, finalmente, que equilibraría la facción que se había dado con la separación de los herejes luteranos.

Los franciscanos, los primeros en llegar a las nuevas tierras, arribaron en 1524. Estuvieron precedidos por tres notables personajes: Fray Juan de Agora, fray Juan de Tecto y fray Pedro de Gante. Ambos grupos dieron un testimonio que llamó la atención de los indígenas: se desplazaron a la ciudad de México desde Veracruz a pie. Con el tiempo los indios los adoptaron como sus protectores frente a la ambición de la mayoría de los conquistadores.

Por lo anterior podremos comprender cómo para los españoles que llegaron a mesoamérica, la conquista y la explotación de los indios en México sólo se podía justificar al plantearse como medios para llevar a cabo la conversión de éstos al cristianismo. La idea de guerra como cruzada, nacida durante la lucha contra el Islam, hacía necesario que a los soldados siguieran los sacerdotes. Por ello entre 1524 y 1560 lle-

MANUEL RAMOS MEDINA

garon a México cerca de cuatrocientos religiosos, que ocuparon las zonas más pobladas de indios (centro y sur del territorio actual) y quienes se distribuyeron la geografía del virreinato y atendieron zonas carentes de evangelización. Sus testimonios arquitectónicos aún están presentes en los conventos de la segunda mitad del siglo XVI, quizá las más bellas construcciones de este siglo, en ocasiones tan poco conocidas por los jóvenes, por desgracia.

Para adentrarse en tierras ignotas los religiosos se hacían acompañar por un grupo de indios cargadores, intérpretes y guías quienes les facilitaban los mejores caminos y los dirigentes de los pueblos. Una vez establecidos los religiosos en poblados, iniciaban sus labores de evangelización. Aprendían lenguas diversas, trataban de comunicarse poco a poco con los indígenas sin necesidad de intérpretes y educaban especialmente a los niños y jóvenes quienes pasaban largas temporadas en los conventos con los religiosos. Fue precisamente la nueva generación la que denunció las prácticas idolátricas de sus padres y la que se identificó rápidamente con la nueva cultura religiosa cristiana. El ejemplo más claro ocurrió en Tlaxcala, donde el hoy beatificado Cristobalito fuera apaleado por su padre por denunciar la continuidad de las prácticas religiosas prehispánicas.

90

La evangelización se pudo llevar a cabo gracias al apoyo de las autoridades políticas de la Nueva España. Primeramente Hernán Cortés, posteriormente los dos primeros virreyes don Antonio de Mendoza (1535-50) y don Luis de Velasco (1550-64) impulsaron las tareas de reducción de pueblos y traza urbana. Por otro lado, la jerarquía de la Iglesia, arzobispos y obispos, facilitaron las tareas de evangelización, además de la petición del trabajo del clero secular lo que ayudó a la expansión y consolidación de la cristianización.

Todo lo dicho anteriormente nos llevaría a una visión idealista de un triunfo total de los españoles y la implantación de la nueva religión, pero estudios recientes nos dan otra perspectiva. No podía darse en unos cuantos años la conversión de los indios que heredaron creencias milenarias. ¿No sería más bien una conquista de ellos frente a los españoles haciéndoles pensar que la nueva religión se enraizaba? Es

EL VIRREINATO NOVOHISPANO

decir, en apariencia se dio el cambio. Los indios seguían las enseñanzas de los frailes y mostraban una aceptación satisfactoria. Las construcciones de los conventos realizados por los indios eran la prueba. No obstante en la intimidad de sus hogares las creencias en los dioses antiguos permanecía, al menos durante las primeras generaciones. ¿Cómo explicar que en los cimientos de las iglesias se posaban las representaciones de las deidades antiguas? Las continuidades no podían romperse de la noche a la mañana. Y así entendemos cómo las crónicas de principios del siglo XVII exaltaron sobremanera los triunfos de los primeros religiosos, lo que da una pista de desconfianza de una evangelización concluida. En los poblados más alejados de la influencia de los religiosos la religión prehispánica continuaba incluso con sacrificios humanos.

Después de la primera evangelización llegaron otras órdenes religiosas como los carmelitas descalzos, mercedarios, dieguinos y jesuitas, éstos en 1572. La orden tuvo una expansión hacia el norte del virreinato donde crearon zonas de misión exitosas hasta su expulsión en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero también se asentaron en ciudades crio-llas donde abrieron colegios educando a la élite.

91

Las instituciones políticas en la Nueva España

Para abordar el desarrollo del renglón político novohispano partimos de dos momentos bien diferenciados. El primero, los intentos de la construcción del aparato gubernamental de acuerdo a las circunstancias que se iban presentando, y segundo, la consolidación del poder real a partir de la segunda mitad del siglo XVI.

Es importante antes de ingresar al estudio de la política novohispana señalar que el sistema se sostenía en función de una compleja estructura burocrática jerarquizada. En la Metrópoli el aparato gubernamental descansaba en la cabeza del rey, en una primera instancia y quien delegaba sus poderes al Real y Supremo Consejo de Indias. Este último controlaba todos los asuntos relacionados con América: legislación,

MANUEL RAMOS MEDINA

recopilación de leyes, manejo fiscal y de justicia, ratificación de nombramientos, acopio de información geográfica y política. Una centralización del poder que incluso tocaba los intereses de la Iglesia, pues el Consejo seleccionaba las ternas para ocupar las altas dignidades en América y presentarlos ante la Santa Sede, con una decisión ya tomada.

En cuanto al naciente aparato gubernamental en la Nueva España, una vez concluida la conquista de la ciudad de México (1521) había que poner orden y mando. Hernán Cortés en 1522 fue confirmado por el rey mediante cédula real como Capitán General y gobernador de las tierras recién conquistadas. Su poder fue ilimitado, ya que controlaba el gobierno, la administración pública, el ejército y la justicia. En los pueblos de indios mantuvo a los caciques prehispánicos, así como las redes comerciales para el mantenimiento del pago del tributo.

En 1524 Cortés decidió partir a las Hibueras (hoy Honduras) para extender sus dominios. Su ausencia en la ciudad de México provocó fuertes conflictos que casi concluyen en una guerra civil. Hacia 1526 Cortés regresó de su intento fallido y sólo ocupó el gobierno por diecinueve días. Un juez llegado desde España le tomó cuentas y lo sustituyó en el mando civil y judicial. A partir de entonces se sucedieron tres funcionarios con carácter de gobernadores del reino y con el encargo de hacer juicio de residencia a Cortés. Los conflictos fueron terribles y el rey de España decidió establecer una Audiencia con amplios poderes de gobierno y justicia para imponer la paz.

La primera Audiencia fue un fracaso. Sus funcionarios despojaron a Cortés y a sus partidarios de sus propiedades y bienes, aumentaron los tributos y servicios personales de los indios, además de permitir su esclavización. Todo esto llegó a oídos del Rey, quien ordenó que se instituyera un virreinato que cortara la posibilidad de que los conquistadores ocuparan el poder con la posible consecuencia de instaurar regímenes similares a los señoríos feudales autónomos. Teniendo en cuenta la tradición centralizadora hispana se aumentó el poder político sobre la naciente Nueva España y se limitó el poder de los conquistadores por medio de funcionarios letrados y linajudos, cuyas familias conta-

EL VIRREINATO NOVOHISPANO

ban con gran fama y riquezas en España, que ocuparon el cargo de virrey.

Para preparar el terreno se nombró una segunda Audiencia que rigió la colonia de 1530 a 1535 en que ocupó el cargo de virrey don Antonio de Mendoza. A partir del nombramiento de este funcionario se inaugura la segunda etapa de gobierno, que se consolidó rápidamente, y significó un período de casi trescientos años de política centralizadora en México conocido como el virreinato.

El virrey fue el máximo representante de gobierno en la Nueva España y se extendió hasta 1821, fecha de la independencia de México. Contó con base en dos estructuras que se fueron haciendo complejas y que se consolidaron en la segunda mitad del siglo XVI: una organización jurídica fundamentada en el derecho romano y una burocracia civil y eclesiástica leal a la corona.

En teoría el virrey ostentaba todos los poderes: gobernador general, presidente de la audiencia, superintendente de la real hacienda, vicepatrono de la Iglesia y capitán general. Pero de hecho había otras instancias que le hacían compartir su fuerza, como la Iglesia misma en manos de sus representantes, los arzobispos, con quienes sostuvieron en varias ocasiones enfrentamientos comprometedores.

Otro tipo de control frente al virrey lo ejercían los visitadores que llegaban a la Nueva España de manera inesperada. Entonces se sometía al virrey a un juicio de residencia, especialmente cuando concluía su administración. Es decir la corona de España equilibraba las fuerzas en el virreinato, herencia clara de la casa de los Habsburgos.

Los virreyes pertenecían a familias con títulos nobiliarios y posesiones de tierras con el fin de buscar en ellos un servicio y no una forma de enriquecimiento en el poder en tierras lejanas. Además les estaba prohibido emparentar en la Nueva España y crear lazos que pudieran distraer su función, lo que en muchas ocasiones no se cumplió.

De los sesenta y un virreyes que gobernaron la Nueva España, treinta y dos corresponden a los siglos XVI y XVII. Seis fueron destituidos y nueve promovidos al virreinato del Perú, mucho más extenso, con mejor sueldo.

MANUEL RAMOS MEDINA

Además del virrey se contaba con otra instancia política: la Audiencia, tribunal regional superior intermedio entre los jueces locales y los Consejos, para lo civil y lo criminal. Fueron tribunales administrativos pues conocían las resoluciones gubernativas de los virreyes que tenían que ver con actos administrativos, sobre asuntos civiles y hasta criminales, ya que no había entonces distinción clara de dominios jurídicos.

Los Habsburgo establecieron en América doce Audiencias. Cinco en el virreinato de la Nueva España: Santo Domingo, México (1527), Guatemala, Guadalajara (1548) y Manila. Las otras siete en el virreinato del Perú.

Cada Audiencia contaba con oidores cuyo número dependía de la complejidad de los casos que se debían atender. La ciudad de México se componía de diez oidores y un regente.

En cuanto al dispositivo provincial y distrital novohispano se componía de gobernadores, corregidores y alcaldes mayores. En un principio los tres tipos de autoridades tenían funciones diferentes.

Los gobernadores actuaban en ciudades y comarcas de gran importancia económica. Su poder era amplio y copiaba ciertos modelos del virrey en su territorio, donde era la máxima autoridad.

Tanto los corregimientos como las alcaldías mayores –de categoría superior a aquéllos– no dependían entre sí sino directamente del Virrey o la Audiencia. Eventualmente los corregidores acudían a los alcaldes mayores por consejo, ayuda o instrucciones superiores. Estos dos cargos fueron hereditarios y se podían comprar, por lo que la oligarquía se apoderó de ellos con las consiguientes consecuencias.

La Iglesia

La Iglesia que se fundó en las Indias Occidentales (Hispanoamérica) por los castellanos fue establecida por el papado de Roma mediante el poder del rey de España. Así, el soberano se constituyó en el vigilante de la ley pero también como un vicario de Dios en su reino, y la

EL VIRREINATO NOVOHISPANO

corona de España no sostuvo enfrentamientos contra a la iglesia. Los reyes eran por su propia función, defensores del clero, pero sobre todo vigilantes de la ortodoxia de la fe, responsables ante Dios por la salvación de un pueblo.

Desde el 711 a 1492 España llevó una lucha contra los musulmanes que invadieron la península. A lo largo de siete centurias la península ibérica estuvo dividida en dos zonas demarcadas por una tradición religiosa: el norte cristiano y el sur islámico. La guerra de reconquista fue llevada a cabo por los estados del norte: Aragón, Portugal y Castilla, lo que marcó el carácter religioso y guerrero de los españoles cristianos. El reino de Castilla a partir del siglo XIII extendió sus territorios y poco a poco logró dominar e imponer su carácter feudal sobre toda la península.

Para 1492 Castilla logró expulsar el último reducto musulmán: Granada. El triunfo del cristianismo no sólo fue en la esfera política, sino también en la conciencia de los españoles por sentirse pueblo escogido, mesiánico. Ser cristiano era sinónimo de ser español, esto no podía separarse.

La Iglesia contó en ese entonces con un doble proyecto: el primero, una iglesia misionera, que ya vimos en el apartado anterior relacionado con la evangelización. El segundo, una iglesia organizada en diócesis (sedes eclesiásticas) sometidas a los obispos, es decir jerárquica y que tendría a las catedrales como eje de un sistema parroquial, consolidado durante la época virreinal. El primer proyecto se desarrolló con mayor rapidez debido a la presencia determinante de las órdenes religiosas. Aunque de una manera más lenta, el segundo proyecto se fue extendiendo conjuntamente durante el siglo XVI sin que hubiera brotes conflictivos como sucedió posteriormente.

El primer obispo y posteriormente arzobispo de México fue fray Juan de Zumárraga (1468-1548). El hecho de que fuera nombrado un miembro del clero regular, de la orden de los franciscanos, como obispo nos habla de la insuficiencia de clérigos y por tanto de una ausencia de beneficios parroquiales consolidados. Las diócesis se iban erigiendo por el rey y los clérigos fueron más bien itinerantes hasta que no se

MANUEL RAMOS MEDINA

estableció firmemente la jerarquía episcopal. En el siglo XVI los obispos contaron con un poder relativo en razón de una presencia más significativa y mejor organización del clero regular y del apoyo del virrey, generalmente aliado con éstos.

La presencia del clero secular se hizo evidente en la erección de las diócesis en el siglo XVII. A partir de entonces las parroquias en los centros urbanos jugaron un papel determinante y desde el siglo XVI se vislumbró que en el futuro las doctrinas de indios (o parroquias) en manos de los religiosos pasarían a los clérigos, lo que fue motivo de grandes conflictos entre ambos. A pesar de los intentos realizados por el obispo-*virrey* don Juan de Palafox y Mendoza en el siglo XVII, el cambio no se efectuó sino hasta después de las reformas borbónicas. En el siglo XVIII, las corrientes de la Ilustración desacreditaron a las órdenes religiosas y hacia mediados de siglo se dieron los grandes cambios contra las doctrinas. En 1749, por cédula real se ordenó a los superiores de las órdenes religiosas no nombrar más doctrineros y que conforme se fueran muriendo entregaran la administración de la doctrina junto con todas sus pertenencias al obispo correspondiente. Esto no se realizó de un día para otro sino que algunas doctrinas tardaron hasta veinte años en ser entregadas a los seculares. Con este cambio, el declive de las órdenes religiosas fue claro.

Por otro lado el fortalecimiento de la Iglesia en Nueva España se mostró en la erección de seminarios: Ciudad de México, Puebla, Oaxaca, Guadalajara y Valladolid (hoy Morelia). Allí se formaban los clérigos (a diferencia de los religiosos que estudiaban en sus propios colegios y conventos), que posteriormente trabajarían en zonas urbanas e indígenas. El cobro de los diezmos en las parroquias hizo que el clero secular tuviera apoyos económicos, que se vieron menguados durante la presencia de los regulares.

Conocemos menos de la historia de los clérigos que de los religiosos. Estos últimos escribieron crónicas, es decir obras de rescate tanto de la obra que llevaban a cabo desde su llegada a la Nueva España como biografías de los religiosos distinguidos. Estas crónicas constituyen la historia de nuestro país, pues son verdaderos testimonios de

EL VIRREINATO NOVOHISPANO

lo que sucedía cotidianamente en el virreinato. Es una pena que no conozcamos la vida de los clérigos, lo que nos hubiera dado la posibilidad de profundizar en obras particulares. Los hubo sumamente humildes, que predicaban en zonas rurales respondiendo a una verdadera vocación; otros, ambiciosos, que se valían de su condición privilegiada para explotar a la población.

La economía novohispana

Desde la perspectiva histórica podemos dividir a la Nueva España en cuanto a su desarrollo económico en dos grandes partes. La primera, a partir de la conquista hasta mediados del siglo XVIII. A partir de este momento, las políticas de la corona cambiaron y se implantaron de manera paulatina. A estos cambios se les conoce como las reformas borbónicas que alteraron el orden establecido durante la época anterior, la de los Austria. La segunda parte comprende desde mediados del siglo XVIII hasta 1821, fecha de la independencia de México. En este artículo sólo tocaremos la primera parte.

La conquista de América se llevó a cabo como una empresa mixta en la que participaron tanto la corona de España, que la autorizó, como particulares, que sostuvieron el peso económico invirtiendo sus capitales y materiales. Este carácter dual definió las estructuras económicas y políticas que se instauraron en el virreinato novohispano. Su evolución se dio a partir del enfrentamiento de intereses entre el rey y los conquistadores.

Los conquistadores invirtieron cuanto pudieron para preparar y agilizar descubrimientos y conquistas. Fue una especie de inversión, que les daría, según ellos, a la larga, buenas ganancias y premios por parte de la corona. Por ello, sometida la población mesoamericana los conquistadores exigieron a Cortés el pago de sus servicios para recuperar la inversión que habían realizado. No obstante, los famosos tesoros que buscaban los españoles no fueron suficientes para otorgar los premios deseados y los únicos beneficiados fueron el rey de España y

MANUEL RAMOS MEDINA

Hernán Cortés. No es que en el mundo prehispánico no existieran tesoros sino que el resguardo de riquezas obedecía a otra concepción que la europea.

Entonces se buscó otra manera de reconocimiento: una determinada cantidad de indios de servicio, el tributo del trabajo de los pueblos sometidos y el reparto de las tierras recién conquistadas. La corona era consciente del peligro que encerraba la posibilidad de otorgar tierras extensas a los soldados como premios, especialmente en una España que luchaba con la tradición feudal y no propiciaría la formación de algo similar en tierras tan lejanas. Por otro lado, y para conveniencia del rey, se reconoció a los indios como verdaderos vasallos de la corona de España. Con ello el monarca mantuvo y defendió el sistema de propiedad comunal de los pueblos prehispánicos y las posesiones de la nobleza indígena, lo que se extendió hasta el siglo XIX.

98

Para algunos de los conquistadores, los que más sobresalieron en las luchas y de acuerdo a las autoridades españolas, la política que se siguió fue la concesión de tierras, aguas, montes y pastos como 'mercedes reales'. Con ello se promovió también el reparto de parcelas a los primeros pobladores provenientes de España, como una forma de apoyo para aquellos que deseaban dejar las tierras españolas y establecerse en la naciente Nueva España.

En general el premio más común para los soldados fue la encomienda, es decir la dotación de indios que trabajaban otorgando los tributos necesarios. La institución se basaba, por un lado, en una antigua institución española que se había puesto en práctica en las Antillas, con resultados negativos, y por el otro en las estructuras tributarias prehispánicas que fueron incorporadas al nuevo sistema. Hernán Cortés otorgó las primeras encomiendas a sus capitanes y soldados como un premio inmediato. Él y sus colaboradores más cercanos recibieron las mejores; unos cuantos más se beneficiaron con encomiendas de menos importancia y la mayoría no gozaron de estas distinciones. Por otro lado, la corona de España mantuvo para sí muchos pueblos y en los primeros años funcionó como un encomendero más.

EL VIRREINATO NOVOHISPANO

El encomendero debía cumplir con ciertas responsabilidades. Sus ‘encomendados’ debían recibir la instrucción de la fe católica, justificación misma de la conquista. Por tanto debía mantener a los religiosos que se encargarían de ello, cristianizándolos y catequizándolos. Debía cuidar que su distrito se encontrara en paz. La dotación de la encomienda era personal e intransferible y no llevaba consigo la propiedad de la tierra, ni jurisdicción política sobre las comunidades de los indios. Por otro lado el encomendero utilizaba la mano de obra y el tributo que se le daban gratuitamente para engrandecer sus empresas agrícolas, ganaderas o mineras. No había una legislación para el funcionamiento de la encomienda y la práctica la fue definiendo. Se ha afirmado constantemente que se dieron muchos abusos y una gran explotación de los indios. Las quejas, sobre todo de los religiosos, llegaron a oídos del rey de España, lo que hizo que se revisara la situación de los indios mediante las Leyes Nuevas de Indias en 1542. Especialmente la presencia de fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas, quien se trasladó a España para denunciar estos abusos. En 1542 la Corona decidió dar lineamientos que delimitaron la fuerza y permanencia y que tendería más bien a la desaparición del sistema. Se aceptó la continuidad de la encomienda para dos generaciones. Para fines del siglo XVI la encomienda prácticamente desapareció, no obstante que en algunos lugares continuó incluso hasta el siglo XVIII, excepcionalmente. La Iglesia misma se vio beneficiada por este sistema de explotación, explicación de cómo se levantaron tantos monasterios, iglesias y conventos en el centro y sur del virreinato.

A pesar de lo afirmado anteriormente, intuyo que la imagen terrible que ha cobrado la encomienda en la historiografía en México y en el extranjero se debió a la Leyenda Negra suscitada por Inglaterra, principalmente, para desacreditar a los españoles. ¿Cómo pensar que los mismos encomenderos acabarían con su mano de obra que les resultaba tan gratificante? No dudamos de que se hubieran dado excesos en la aplicación de la institución en un principio, pero resulta ilógico que los dueños de encomiendas trataran de acabar con ellas con el maltrato y esclavización de los indios.

MANUEL RAMOS MEDINA

En forma paralela a la encomienda se dio otro tipo de trabajo diferente: la esclavitud. Con el concepto de guerra justa, el rey permitió que aquellos indios que se resistían a la dominación española fueran sometidos como esclavos. Los indios capturados en las batallas pertenecían al rey y los funcionarios de éste podían venderlos a los conquistadores. A pesar de ello la esclavitud de los indios quedó prohibida.

En cambio la corona permitió la esclavitud africana. Al percatarse de la baja de población india en el siglo XVI-XVII, y de tomar en cuenta las constantes quejas de los religiosos para defender a los indios, así como de la permisibilidad del comercio portugués en las costas occidentales de África, aumentó la introducción de negros al virreinato. Quienes se encargaron del comercio de los negros fueron los portugueses. Éstos los vendían a los españoles en plazas públicas, como en Lagos donde aún se conserva el portal de las subastas en la plaza. Fue tan extenso este comercio que a fines del siglo XVI el número de negros igualaba a los blancos en la Nueva España. Preferentemente se utilizaba la mano de obra negra en las minas, los ingenios azucareros, los obrajes, textiles y de manera menos dura en las casas de las familias ricas en los centro urbanos.

100

En cuanto a las actividades económicas veremos el efecto inmediato de la conquista y los procesos de explotación mineros, agropecuarios y el comercio a lo largo de los siglos XVI y XVII.

El imán que representó para los españoles su llegada a mesoamérica fue la búsqueda de los metales preciosos: oro y plata. De otra manera dicho, las leyendas del plateado o del dorado cobraron nueva juventud en el Nuevo Mundo. El primero fue encontrado en pocas cantidades, mientras que la plata se convirtió en la columna vertebral de la economía novohispana.

La explotación de las minas fue concesionada a particulares por parte de la corona. Ésta exigía a cambio una décima parte de la producción, que salía en monedas de plata hacia España y de allí a los centro financieros europeos. Para el siglo XVII las constantes tensiones entre los estados europeos obstaculizaron el tráfico marítimo entre España

EL VIRREINATO NOVOHISPANO

y sus dos virreinos, Nueva España y el Perú, y en consecuencia las remesas de metales fueron menos frecuentes.

El norte de México fue abierto de una manera rápida en función de la apertura de las minas de plata. Esto dio por resultado un auge en la segunda mitad del siglo XVI. Entre los centros mineros más importantes anotamos a Taxco, Zacualpa, Pachuca, Zacatecas, Sombrerete, Guanajuato, San Luis Potosí. La explotación de la plata continuó en el siglo siguiente aún cuando se dio una baja de producción en algunas minas, mientras otras siguieron siendo productivas. Ni la disminución de la población indígena ni la crisis de la Europa del sur fueron factores de una baja profunda en este renglón de la economía. Sin embargo esta actividad fue más complicada en el siglo XVII que en el anterior. Uno de los factores fue que la corona de España frenó la producción de plata en Nueva España mediante el limitado envío del azogue (mercurio), proveniente del sur del continente, para ejercer el control de la misma producción. Tanto la Iglesia como los comerciantes fueron factores decisivos en la inversión de capital en las minas novohispanas.

Desde que desembarcaron los conquistadores en Veracruz, los españoles se presentaron, como es lógico, con sus alimentos, bestias y animales domesticados. Las embarcaciones que llegaron al mando de Hernán Cortés, traían consigo caballos, cerdos, perros, asnos; además, ciertos alimentos como pan, vino, carne seca. Una vez pacificado el centro del futuro virreinato los españoles continuaron transportando plantas, semillas y bestias que venían de Europa. Primeramente los granos, base de su alimentación: trigo, arroz, cebada, centeno. Verduras y legumbres, como zanahoria, rábano, lechuga, col, cebolla, ajo, lenteja, haba, acelga, espinaca, cilantro, perejil, entre otras. Frutas como higo, vid, olivo, nogal, naranja, limón, lima mandarina, membrillo, durazno, manzana, pera. Todos ellos con gran éxito de aclimatación.

En el renglón ganadero, la ausencia de bestias de carga y tiro en la época prehispánica y la proliferación de las especies traídas por los españoles hicieron que la adaptación fuera de inmediato: cerdos, ovejas, cabras, gallinas y otros a mediados del siglo XVI ya pertenecían a la dieta y el comercio de los aborígenes.

MANUEL RAMOS MEDINA

Una vez concluida la parte bélica los españoles trasladaron sus cultivos agrícolas que se aclimataron. El trigo, materia de consumo diario, se extendió en amplias zonas del virreinato; graneros importantes fueron el valle Puebla-Tlaxcala y el Bajío. La caña de azúcar, originaria de la India, se aclimató primero en las Antillas y de allí pasó a México con resultados positivos.

El comercio estuvo estrictamente vigilado y para ello se crearon monopolios. Los puertos de ingreso fueron sólo dos: Veracruz y Acapulco. En México se fundó el Consulado, institución encargada de despachar los barcos que salían rumbo a Europa y de recibir los productos de ese continente. Con la amenaza de piratas y corsarios, a partir de 1561 se ordenó que no saliera nao de Sevilla para la Nueva España o Perú sino en flota, cada año, protegida por barcos de guerra. Durante el siglo XVII se registra una baja considerable en el comercio entre la Nueva España y la Península, debido en parte a la crisis económica del sur de Europa. Así, las embarcaciones fueron menos constantes, lo que no detuvo el crecimiento interno de la propia Nueva España.

102 | La composición social de la Nueva España.

Al momento de la llegada de los españoles al valle de México se calcula que la población llegaba al millón y medio de habitantes, de una población total en mesoamérica de unos veinticinco millones, entre los actuales San Luis Potosí y el Istmo de Tehuantepec. Una población que duplicaba sobradamente la de España. Las epidemias terribles que azotaron a la población indígena, así como el impacto económico de la conquista, la diezmaron al punto que para 1620 se calculaba en un millón doscientos mil habitantes. Ha habido pocos paralelos en la humanidad de semejante catástrofe. Este desplome de la población indígena permitió el proceso de hispanización, aunque los españoles continuaron siendo una minoría.

La capa social novohispana más alta y privilegiada correspondía a esa minoría blanca. A mediados del siglo XVII se contaban alrededor

EL VIRREINATO NOVOHISPANO

de 150,000 blancos, particularmente españoles, castellanos, andaluces, vascos, gallegos, catalanes, portugueses, canarios. Cada grupo con una identidad propia, lenguaje, costumbres y tradiciones: procedentes de diversas regiones de la península ibérica y por tanto carentes de una identidad española. Además entre los blancos los hubo procedentes de reinos italianos, Flandes, Alemania, Austria, Holanda, Irlanda, Inglaterra.

Los españoles en la Nueva España ocuparon preferentemente centros urbanos donde fomentaron su identidad nacional. Formaron barrios y corporaciones que los hermanaban. Los vascos por ejemplo dominaron el comercio y se agruparon en torno a un culto religioso, el de la cofradía de la Virgen de Aranzazu.

Los más altos cargos en los gobiernos civil y eclesiástico correspondieron a los peninsulares. Esto desató a lo largo del período virreinal enfrentamientos que se hicieron patentes en las órdenes religiosas en donde supuestamente la igualdad de los hombres era una premisa incuestionable. Por ello los criollos ganaron terreno frente a los peninsulares y éstos tuvieron que acudir al rey para que los apoyara fomentando la ‘ley de alternativa’, por medio de la cual se alternaban los cargos de provinciales entre los criollos y los enviados de España.

Otros peninsulares se trasladaron a la Nueva España en diferentes condiciones económicas y sociales. Aquellos que decidían partir a América formaban parte del séquito de los virreyes con la idea de obtener cargos importantes en la burocracia, motivados por parientes o amigos que los habían precedido. De esta forma se habilitaban en el comercio, la agricultura, la ganadería o la minería.

Hubo también españoles de origen campesino que obtuvieron posibilidades para habilitarse como artesanos, pequeños comerciantes o bien como administradores y mayordomos en empresas agrarias o mineras. Pero con ellos también llegaron los ‘hidalgos’, los hijos de algo, que por medio de la tradición del mayorazgo, no heredaban más que la educación dada en casa. Muchos de entre ellos que vinieron a México despreciaban el trabajo y trataron de contraer matrimonio.

Los criollos, es decir, los hijos de los españoles nacidos en Nueva España o América, representaron la clase dominante. Estos ‘blancos’

MANUEL RAMOS MEDINA

no eran estrictamente hablando de origen europeo, puesto que los hijos de los españoles e indígenas nacidos de unión legítima eran considerados ‘españoles’; así como los mestizos más parecidos a los blancos. La sociedad novohispana era muy permisiva en este sentido y no existía el fenómeno de la exclusión tan tajante como en otras naciones.

Los indios constituían el sector más amplio de la población a pesar de las bajas ocasionadas por las enfermedades en el siglo XVI. Se calcula que para principios del siglo XVII la población indígena oscilaba entre un millón y medio y dos millones de habitantes. Hacia los años treinta de este mismo siglo se registró la muerte de más de trescientos mil. Sin embargo a fines de esta centuria la recuperación de este grupo fue notoria. No podemos englobar a los indios dada la complejidad étnica, compuesta por todo un mosaico de etnias, lenguas y costumbres, con toda una estratificación social producto de jerarquías heredadas desde antes de la llegada de los españoles.

104

Los negros estuvieron destinados a los trabajos más rudos. Trabajaban en las minas, las haciendas e ingenios azucareros de los españoles o bien con familias acomodadas. El poseer esclavos era un distintivo social. Fue considerado como un ser sin razón, inmoral, revoltoso. Su origen era diverso y en muchas ocasiones no podían comunicarse entre ellos mismos. La edad a su llegada a América era entre trece y quince años. Su cultura se transmitió especialmente en ciertas costumbres y la música. Entre 1615 y 1622 se introdujeron casi treinta mil esclavos. Hubo huidas constantes de los negros hacia las montañas y selvas, donde formaron poblados que se conocieron con el nombre de ‘palenques’. Algunos se dedicaron a asaltar caminos y constituyeron un peligro constante, por lo que las autoridades debieron pactar con ellos.

Las castas fueron la entremezcla de los grupos anteriormente descritos. De aquí surgieron diversidad de grupos que no estaban previstos y que causaron problemas por su doble identidad: el mestizo, mulato, zambo y otros nombres extraños y simpáticos, como el *ahí t’estás, tente en el aire, no te entiendo*, entre otros. Este nuevo grupo social, las castas, con sus trabajos y obligaciones debería ser asimilado, ya que los conceptos raciales entre los indios eran menos perceptibles.

EL VIRREINATO NOVOHISPANO

Muchos mestizos sacaron provecho de su situación e introdujeron elementos de diferenciación o conflicto social.

Los logros culturales

La obra cultural de la Nueva España se vio enriquecida porque además de la imposición de los adelantos en este ramo de la península ibérica, México contaba con un pasado fuerte que permeó a la nueva cultura. Con el arribo de los frailes para la evangelización de los indios, llegó también la necesidad de conocer sus grandes creencias y lenguas, quizá más para exterminarlos que para informar a las siguientes generaciones o el rescate mismo de su cultura. La Iglesia también procuró, en la medida de lo posible, sugerir y alcanzar métodos modernos para elevar la cultura de los habitantes de la Nueva España y así muy pronto logró que la primera imprenta en América abriera sus puertas en la ciudad de México a fines de la década de los treinta del siglo XVI (a estos libros se les conoce como los ‘incunables americanos’). Lima inauguró su imprenta a fines del siglo XVI y en el norte de América, Salem fue la primera ciudad que imprimió libros a mediados del siglo XVII, cuando México ya había publicado más de tres centenares de títulos, lo que la distinguió como la urbe más importante de toda América.

Por otro lado, los grandes acontecimientos comunitarios como las fiestas religiosas y civiles mostraban diversas manifestaciones culturales, como los arcos de triunfales, las mascaradas, las danzas de origen prehispánico, las obras de arte que cubrieron los retablos y paredes de las iglesias, capillas, edificios civiles, casas particulares, conventos, monasterios, hospitales, etc.

Durante el virreinato se escribieron desde un principio, apoyados por la Iglesia, los tratados en lenguas indígenas. En razón del abanico de lenguas que se hablaban en mesoamérica se multiplicaron los vocabularios y las gramáticas náhuatl, mazahua, zapoteco, mixteco, maya, tarasco. Se elaboraron recopilaciones de textos escritos en lenguas indígenas, algunas se publicaron, otras se interpretaron; se imprimieron

MANUEL RAMOS MEDINA

sermones en diversas lenguas que facilitaron la labor de los religiosos y sacerdotes.

Los libros de historia también constituyeron un gran acierto. Estos libros, también conocidos como crónicas, se escribieron primordialmente entre el clero regular; aquí los criollos exaltaron la naturaleza americana y asumieron el pasado indígena como parte de su propia historia. A la vez que en estos libros se describen los hechos reales, como la construcción de un convento, el arribo de un virrey a la capital, la llegada de un arzobispo u obispo a su sede, las grandes enfermedades que diezmaron a la población, también se narran las vidas de los religiosos y de las monjas cuyas acciones eran conocidas en la sociedad, necesitada de pertenecer de una manera más cercana al mundo sobrenatural; el mundo de los milagros (hoy quizá alejados de nuestro pensamiento) atribuidos a Cristo, la Virgen, los santos y algunos vivos también fue tema predilecto de las crónicas, así como la difusión de las reliquias enviadas por Roma a todas sus iglesias y conventos, motivo de gran veneración y divulgación de las grandes proezas de los santos.

106

La Real y Pontificia Universidad fue fundada por Cédula Real en 1551 en la ciudad de México y respondió a las necesidades culturales de la población criolla. Sus cátedras de Teología, Derecho Canónico y Civil, Artes, Retórica y Gramática fueron sumamente distinguidas y apreciadas. En 1579 se abrió la cátedra de Medicina y en 1580 la de Lenguas indígenas: fue el centro de cultura más importante de América y sus logros competían con los de las universidades españolas.

Otro renglón educativo lo representan los Colegios de estudios medios y superiores, fundados por los religiosos para estudiantes seglares. Los jesuitas destacaron en esta labor. Durante el período de los Austria éstos fundaron una extensa red formada por veinticuatro colegios y diecinueve escuelas a lo largo del virreinato de la Nueva España.

Para la educación femenina también se fundaron escuelas con enseñanza elemental: lectura, escritura, aritmética y labores propias de la mujer.

Las corrientes arquitectónicas españolas pasaron a México, pero aquí tomaron un carácter propio, que les otorgó un distintivo singular. Tanto

EL VIRREINATO NOVOHISPANO

en el siglo XVI en el estilo plateresco, como en la época del barroco, mostrado en los retablos, portadas de iglesias, la escultura y la pintura. Este renglón nos daría para otro ensayo por la complejidad del tema.

Por último y a manera de reflexión podríamos afirmar que el estudio de la riqueza de ese período conocido como ‘colonia’ es inagotable. No podemos decir que conocemos la Historia de México si no abordamos estos trescientos años que nos marcaron como pueblo. De hecho, las herencias coloniales están más presentes en el mundo actual de lo que pensamos. Hablamos el castellano, una mayoría en México es católica, los símbolos de la guadalupana, del escudo nacional, del ser barroco del mexicano son un testimonio de ello. Por eso es necesario conocer nuestras raíces, para asumirlas y en última instancia para valorar nuestro pasado que es lo que nos otorga una identidad, con una cultura varias veces milenaria.